CAPITULO XVIII.

Su respeto al papa, á los obispos y á los párrocos.

Vicente amaba y honraba al estado eclesiástico en toda su estension. Respetó á Jesucristo en la persona del primero de los pastores que ocupa su lugar en la tierra. Cuando estaba vacante la Silla Apostólica, no cesaba de pedir á Dios, y hacia que todos le pidiesen que se dignase poner al frente del rebaño un hombre segun su corazon. Como su carrera fué tan larga, vió en el discurso de su vida doce papas, que se sucedieron con rapidez en la cátedra de San Pedro. Observaba con la mayor exactitud la disciplina de la Iglesia romana: la obediencia que siempre tuvo á la autoridad eclesiástica, le obligó á aceptar el cargo de Superior General de su Congregacion, que le fué impuesto por Urbano VIII en la misma bula en que aprobaba el nuevo instituto; y por este mismo motivo, luego que en nombre de la Santa Sede se le pedian operarios para paises infieles, los enviaba sin dilacion.

Por lo que toca á los obispos, nada le parecia imposible cuando se trataba de obedecer sus órdenes; y aunque no todos estuviesen libres de defectos, estaba tan acostumbrado á honrar en sus personas el poder y la magestad de aquel Señor cuyo lugar ocupan en la tierra, que no veia en ellos sino lo que podia hacerlos respetables á su vista. El zelo por sus intereses se manifestó mas claramente cuando se halló en el consejo de conciencia; no necesitaba de instancias ni de súplicas para servirles: era mas activo en los negocios de los obispos que en los suyos propios, y en algun modo debilitaba su crédito á fuerza de emplearle en favor de ellos No se cansaba de recomendarlos á la reina, al cardenal ministro, al canciller y á aquellos magistrados que tenian mas autoridad, y por eso los obispos de su tiempo, que en su mayoría eran deudores de sus dignidades, le miraban casi todos como á su padre. Persuadia al clero y á los pueblos que tributasen á su sagrado carácter el honor que le es debido: los recibia en su casa como á ángeles y embajadores del Dios vivo: ni los calores del estío, ni los hielos del invierno le impedian ponerse en camino á su primera órden; finalmente, era respecto de los santos obispos como el siervo del Centurion,[1] *que va y viene* segun se le manda ir ó venir. Los consejos que daba á los que le consultaban, lo que sucedia con mucha frecuencia, y á los que no se los pedian, que tambien acontecia muchas veces, estaban tan llenos de sabiduría y de sumision, que no era posible que se ofendiesen de ellos. Las cartas de este santo sacerdote, que nos ha conservado el Sor. Abelly, son un eterno monumento del respeto que tuvo al órden episcopal. En toda su conducta para con los obispos, la ley de un respeto inviolable fué el blanco que jamas perdió de vista.

La pureza de sentimientos que nuestro Santo tuvo siempre respecto del obispado, se manifiesta por las que tuvo respecto del clero de segundo órden. En él era máxima general hacer bien á todos, y no hacer mal á nadie: pero cuando se trataba de los ministros del Hijo de Dios, daba á esta máxima toda la estension que le era posible. Cualquiera que estaba condecorado con el sagrado carácter, cualquiera que estuviese iniciado con las señales esteriores del clericato, estaba seguro de hallar en él acogida favorable, alivio para sus penas, y una mano siempre pronta para enjugar sus lágrimas. A los que contemplaba dignos de algunos empleos, los colocaba segun sus talentos. No permitia que los suyos hablasen mal aun de los que no podian hablar bien. Segun su dictámen, la cátedra de la verdad debe servir para declamar, no contra los desórdenes del pastor (que por este medio lejos de convertirse se exasperaria), sino contra los del pueblo que se pierde entre la multitud, y que siente menos la amargura del golpe, porque este se reparte entre muchos. Un misionero, mas zeloso que prudente, en cierta ocasion se separó de esta regla, y nuestro Santo hizo un viage de seis leguas para ir á pedir perdon á algunos eclesiásticos á quienes el predicador no habia tratado con el respeto debido.

No quiero decir con esto que cuando habia necesidad de hablar disimulase Vicente como otro Helí. El desórden de cierto párroco le afligia en algun modo mas que todos los de su parroquia; pero habia aprendido de San Francisco de Sáles que la delicadeza eclesiástica pide grandes miramientos, y que generalmente hablando, los primeros remedios que se deben aplicar en este caso son los mas suaves. Esta práctica le salió muy bien en muchísimas ocasiones, y por medio de la caridad, que unia á la

1 Matth. cap. 8. v. 9.

uncion de sus palabras, logró hacer muchas conquistas. Retiraba las ocasiones próximas á los que estaban enredados en ellas; cuidaba de su subsistencia; los mantenia en su casa ó en otra parte hasta que se hallaban en estado, ó de ejercer algunas de sus funciones, ó de poder vivir sin ejercerlas. Sacó del desórden á un sacerdote que habia caido en él, le envió á Roma para que obtuviese la absolucion de las censuras, le mantuvo allí hasta que lo consiguió, y le puso en estado de poder vivir bien lo restante de su vida. Para lograr su proteccion no se necesitaba ni de agenas recomendaciones ni de repetidas visitas, porque este hombre, tan amador del sacerdocio de Jesucristo, hallaba en solo el carácter sacerdotal las mas poderosas razones para compadecerse. Un sacerdote desconocido y enfermo le pidió una ocasion que le socorriese: Vicente le recibió con agrado, le hospedó, le mantuvo, hizo que se le suministrasen las medicinas necesarias, y le tuvo en su compañía hasta que recobró la salud. Otro, que hacia ejercicios en San Lázaro, cayó enfermo; Vicente cuidó de él con el mayor esmero; y aunque el mal duró muchos dias, todavía duró mas su caridad, pues luego que el enfermo estuvo restablecido, hizo Vicente que se le diese una sotana, un breviario, algunos muebles y diez escudos para ayuda de su mantenimiento. Otro que tenia precision de hacer un viage y carecia de lo necesario para los gastos, acudió al siervo de Dios: este hombre de misericordia le dió cuanto necesitaba, hasta los botines, y ademas, veinte escudos. Otro le pidió hospedage: concedióselo; pero pagó mal el beneficio, porque al tiempo de partir se llevó una sotana y un manteo. Quisieron algunos que se le siguiese; pero Vicente dijo: «Mucha falta le debe hacer lo que nos ha quitado, porque «á no ser así, ¿cómo era posible que hubiera llegado á este es«tremo? Si no obstante quieren ustedes que le sigan, hágase en«horabuena; pero sea para llevarle lo que le falte, y no para pe«dirle lo que se ha llevado." Un cura de Turena tenia cierto pleito en Paris, y la precision de defenderlo por el honor de su carácter indignamente ofendido: escribió á nuestro Santo diciéndole que no podia ni dejar su parroquia ni mantener un apoderado en la capital, por lo que le suplicaba se compadeciese de él. «En«viad, le respondió Vicente, á una persona de vuestra satisfac«cion, que el gasto corre de mi cuenta." Cuidó por mas de un año

que duró el pleito del alojamiento y manutencion del apoderado de aquel prudente cura, que obtuvo sentencia favorable.

Jamas se entibió su caridad sacerdotal; y aunque gastó en ornamentos, lienzos, vasos sagrados, vestiduras, libros y reparos de la iglesia mas de un millon, nunca le parecia que habia hecho bastante. Por eso habia muy pocos sacerdotes en el reino que no le hiciesen la justicia que él no se hacia á sí mismo. Si José fué tenido por salvador de Egipto, Vicente fué mirado como salvador de los párrocos y sacerdotes. Esto era tan notorio, que cuando con motivo de las desgracias del tiempo vino á Paris una prodigiosa multitud de sacerdotes, todos fueron en derechura á San Lázaro; y los que no podian acudir á la capital, por sola su fama se dirigian á el desde lo interior de las provincias. Su memoria se bendecia, y en todas partes se oian sus alabanzas: pasando un misionero por la provincia de Champaña, encontró en una aldea al cura, que le preguntó quién era: soy misionero, respondió el caminante. Al oir el cura estas palabras, le echó los brazos al cuello, le llevó á su casa, y le refirió los grandes beneficios espirituales y temporales que nuestro Santo habia hecho á todo aquel pais; y añadió manifestándole la sotana que tenia puesta: *Et hâc me veste contexit*, palabras que fueron dichas á San Martin con motivo de un pobre á quien habia vestido, y las que podrian repetir mas de mil sacerdotes imitando á este de quien hemos hablado.

CAPITULO XIX.

Su mortificacion.

Aunque es cosa muy gloriosa seguir al Señor, debemos confesar que nada cuesta tanto á la naturaleza, porque el primer paso que tienen que dar los que quieren seguirle, es negarse á sí mismos y llevar su cruz. Esto mismo que á nuestro Santo le pareció tan dificil, fué lo que practicó en todo el discurso de su vida; y con toda verdad se dice de él, que á la sombra de una vida comun, la mortificacion interior y esterior fué acaso entre todas las virtudes la que practicó mas constantemente.